

como las comidas de los dioses sean y hayan sido los sacrificios y oraciones, y éstos deban hacerse en lugares conocidos, no pueden ser otros que los altares; los cuales servían, y de presente sirven, como de mesas donde se les administra el manjar del sacrificio. De estos altares usaba la gentilidad de diversas maneras, porque según tenían las formas, así tenían los nombres; unos se llamaron altares y otras aras. Las aras, según etimología de San Isidoro,³ son unos asientos bajos casi muy juntos con el suelo; y dicese ara porque allí los sacrificios arden; y según Varrón, dice⁴ que se deriva de las eras, porque han de ser limpias como en las eras se limpia el trigo de la paja; porque en ellas se limpian por los sacrificios las ánimas de los pecados.

Altares se dicen, según el mismo santo en el lugar citado, porque son altos (*quasi alta ara*) o porque allí se alzan las manos orando. Éstos (como después veremos) eran los lugares de los sacrificios; y según Porfirio y Festo eran en tres maneras los lugares de estos sacrificios; porque a los dioses, que tenían por celestiales, les sacrificaban en los dichos altares; a los que llamaban terrenos, en las aras, como dando a entender en estas dos cosas, que así como los unos eran más encumbrados que los otros, así habían de ser los lugares de sus sacrificios, unos más altos que otros; y a los dioses infernales les hacían oración y sacrificios en cuevas y cavernas, dando a entender en este modo de veneración y memoria que de ellos hacían, la profundidad y hondura donde moraban.

Aunque es lo dicho muy general a toda la gentilidad, se sabe por cosa cierta que los de la India oraban y sacrificaban a los dioses terrenos en cuevas y al sol, en lugar eminente y alto. Y de los griegos se dice que hubo tiempo donde no sacrificaron a sus dioses en altar, ni ara, sino en el suelo. Y los árabes sacrificaron al sol, mucho tiempo, sobre una pequeña ara, sentada sobre otra algo mayor, y levantada algún tanto de el suelo, y en ella quemaban incienso y otros perfumes; y la forma de ellas era cuadrada, aunque algunas usaban redondas; así lo dice Lilio Giraldo en sus *Sintagmas*,⁵

CAPÍTULO III. De la forma y rostro de los templos, y cómo los sentaban los antiguos; y se forman según sus cuatro partes, que fue como se hallaron en esta Nueva España



EGÚN NOS CUENTA Y REFIERE San Isidoro en el libro arriba citado, de sus *Etimologías*,¹ antiguamente los gentiles sentaban los templos y moradas de sus fingidos dioses en muchas maneras, según fue variando la opinión y consideraciones de los hombres; pero en una sola cosa fue siempre estable y permanente, que fue en darles cuatro partes, constituyéndoles cabeza y pies y brazos, diestro y siniestro. Estas cuatro partes,

³ Div. Isidor. lib. 15. Ethymol. cap. 4.

⁴ Varr. de Lingua Latin. lib. 4.

⁵ Li ius lih de Diis genti, sintagma 17.

¹ Div. Isidor. lib. 15. cap. 4.

que siempre se le han dado al templo, no siempre se han seguido por un mismo orden, sino por diversos, según han sido diversos los pareceres de los que de ellos han tratado. Juntamente con San Isidoro, dicen otros muchos, que el anterior de el templo cae al oriente; lo posterior de él, al occidente; y al medio día, la diestra, y siniestra al norte o septentrión. Esto refiere el archidiácono y otros, entre los cuales fue uno Marco Varrón,² haciendo templo universal al cielo, del cual dice que se derivan los otros, puso las espaldas de su formación al norte o septentrión y su rostro al medio día y trocados los brazos. Plinio parece ser de este mismo parecer, aunque Platón, Pitágoras y Aristóteles parecen sentir lo contrario y que las espaldas del templo deban estar al medio día, por razón de el movimiento celeste, al cual debe seguir el lado y brazo derecho del templo; aunque Empédocles tiene con la opinión de Varrón y Plinio.

Supuestas estas opiniones y pareceres antiguos, del asiento de los templos y formas que deben tener y partes donde deban mirar, la que pone que las espaldas de el templo han de caer al oriente y las puertas de él al poniente, parece que va fundado en mucha razón, por las muchas que a este propósito favorecen; porque como sea cierto que el hombre se incline naturalmente a adorar un dios, séase el verdadero como nosotros los cristianos adoramos y los que antes de la venida de Cristo tuvieron entero y cierto conocimiento de Dios, o séase algún otro falso y fingido, al cual los hombres errados y ciegos le tuvieron en esta misma opinión, siendo mentira que el demonio sea Dios, siempre parece que ha movido la inclinación natural, llevando el deseo y los ojos a buscar a Dios, aunque en el cielo, hacia aquella parte oriental; porque de las cuatro partes del mundo (como lo dice Celio Rodiginio)³ la oriental es la más noble. Y para este fin, ya que hicieron templos los gentiles, los dedicaron y formaron de manera que las espaldas tuviesen al oriente y las puertas al poniente y puesta de sol, para que orando dentro de él tuviesen el rostro al oriente, que es la parte donde Dios más es buscado.

De esta manera edificaron, de los antiguos, los que mejor discurso tuvieron, sus templos; y en esta forma hallamos haberlos usado estas indias gentes en su ciega y detestable gentilidad. De donde se debe inferir que aunque ciegos en el conocimiento de Dios, no lo estaban en el modo de buscarlo por sus oraciones, pues miraban en ellos a la parte donde el deseo nos lleva los ojos (como hemos dicho) para ser buscado.

De esta misma manera usamos, comúnmente los cristianos, el edificar las casas y templos de Dios, aunque no es tan general esta regla que no quiebre y falte en algunas partes más de lo particular, así como dice el Filósofo⁴ que no hay ciencia, tampoco es mi intención hablar en esta materia; pues las historias más atienden a lo general que a lo particular de las cosas, cuando lo particular no es forzoso en ellas.

² In cap. Universas, et in versi. sub c. placuit, 16 q. 3. Fragm. 6, lib. de Lingua latina.

³ Celius lib. antiq. lect. cap. 21.

⁴ I. Posterior. T. com. 33 et 39.

San Antonino de Florencia en su *Suma*,⁵ dice que la oración debe ser hecha hacia el oriente, por tres razones y causas: La primera, porque el saber y providencia de Dios más se manifiesta a los hombres por aquella parte, que es por donde tienen su movimiento los cielos, los cuales nos dicen, sin lengua, que el que los mueve por allí debe ser buscado por universal señor en ella. La segunda, por cuanto el Paraíso fue plantado al oriente, de donde fuimos desterrados, para que vueltos a él, demos a entender el deseo que tenemos de volver a nuestra patria, para donde fuimos criados; pues como dice San Pablo,⁶ somos peregrinos y en otra parte que no tenemos lugar cierto en la vida mortal que vivimos y caminamos para la cierta y segura de los cielos y bienaventuranza. La tercera, por buscar a Jesucristo, que es luz y se llama por Zacarías,⁷ oriente; y porque de la parte oriental subió a los cielos y de aquella parte ha de venir a juzgar a los hombres; como también nos lo dice San Matheo,⁸ por estas palabras: De la misma manera que el rayo sale del oriente y va apareciendo hasta el occidente, de esta misma manera el hijo de el hombre vendrá. Y Juan de Torquemada⁹ cita otras razones, de las cuales es una: porque en la parte oriental nos nació el redemptor y reparador del mundo; y por haber tenido en aquella parte principio y origen el evangelio y, consiguientemente, nuestra redempción. De lo cual concluye, que fue cosa conveniente que nuestra oración fuese hecha mirando aquella parte. Aquestas mismas razones pone Joan de Selva¹⁰ en el *Tratado de beneficios*, donde dice, que la cabeza del templo o iglesia ha de estar mirando al oriente, y así lo dice Polidoro. Antiguamente se llamaron templos, como dice Isidoro, todos los edificios grandes y ampliados (*quasi tecta ampla*), que quiere decir, techos grandes. Pero el lugar designado y diputado para orar, se llamó templo, a *contemplatione*, de la contemplación.

CAPÍTULO IV. *De la diversidad y formas diferentes de templos que ha habido en el mundo entre diversas y varias naciones*



N EL CAPÍTULO PRIMERO DE ESTE LIBRO hemos visto la poca necesidad que Dios tiene de tener casa; porque siendo Dios, como lo es, es infinito y, por la misma razón, no cabe en lugar ninguno y está fuera de él; y por consiguiente manera, si los dioses de los antiguos gentiles eran tenidos por dioses, habían de creer que no tenían necesidad de casas, de ninguna manera que fuesen; pues todo lugar, por grande que fuese, había

⁵ Div. Anton. par. 3. tit. cap. 2. in princ.

⁶ Ad, Heb. 13.

⁷ Zach. 5.

⁸ Math. 24.

⁹ In cap. Ecclesiasticarum 11. dist.

¹⁰ In tract. de Benefic. p. 1, q. 5. De inventoribus, lib. 5. cap. 9. Div. Isidor. lib. 15. Ethymol. cap. 4.